



**UNHCR**  
**ACNUR**

La Agencia de la ONU para los Refugiados

# OLVIDADOS LA EDUCACIÓN DE LOS REFUGIADOS EN CRISIS



## Sobre este informe

Este informe cuenta la historia de algunos de los 6,4 millones de niños y adolescentes de entre 5 y 17 años refugiados del mundo, que se encuentran bajo el mandato de ACNUR y que están en edad de asistir a la escuela primaria o secundaria. Asimismo, ofrece una visión de las aspiraciones educativas de los jóvenes refugiados que desean seguir sus estudios tras acabar la educación secundaria, y examina las condiciones en las que los encargados de educar a los refugiados llevan a cabo su labor.

Los datos educativos acerca de las matriculaciones escolares de los refugiados y las cifras de población corresponden al año 2016 y proceden de la base de datos demográfica de ACNUR, informes, así como de encuestas sobre educación. El informe también contiene datos de matriculación escolar a escala global del Instituto de Estadística de la UNESCO, correspondientes al año 2015.



## Contenidos

Introducción de Filippo Grandi	4
El panorama global	8
La educación en situaciones de emergencia	12
Invertir en inclusión	22
Profesores sobresalientes	34
“Tenemos que acabar con la desigualdad” por Alek Wek	48
El mensaje de Malala	52
Llamada a la acción	53



Niños refugiados sursudaneses en la escuela primaria progresista Yangani en el distrito de Yumbe, al norte Uganda, una escuela con más de 5.000 alumnos, la mayoría sursudaneses.

© ACNUR/ISAAC KASAMANI



# INTRODUCCIÓN

## DECLARACIÓN PRELIMINAR DE FILIPPO GRANDI, ALTO COMISIONADO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LOS REFUGIADOS

El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, Filippo Grandi, visita a niños refugiados de Alepo, Idlib y Homs en la escuela de Taalabaya en el valle de Bekaa.

© ACNUR/ DIEGO IBARRA SÁNCHEZ

La creciente crisis mundial de refugiados no es únicamente una cuestión de números. También es una cuestión de tiempo. El hecho de que ahora haya 17,2 millones de refugiados bajo el mandato de ACNUR – la mitad de ellos menores de 18 años – es desalentador. Quizá menos impactante a primera vista, pero difícilmente menos alarmante, es la estadística que nos informa de que a finales de 2016, 11,6 millones de refugiados vivían en una situación de desplazamiento prolongado ; de estos, 4,1 millones habían permanecido en el exilio durante 20 años o más. Para millones de personas jóvenes, estos son los años que deberían dedicar a la escuela, a aprender ,no solo a leer, escribir y contar, sino también a informarse, a evaluar, a debatir y a calcular, a cuidarse y a cuidar de otros, a valerse por sí mismos. Sin embargo, a millones de jóvenes les están robando esos años.

La necesidad de ofrecer acceso a la educación es clara. La educación proporciona a los niños, adolescentes y jóvenes refugiados un lugar seguro en medio del caos que supone el desplazamiento. Es una inversión de cara al futuro, que crea y educa a los científicos, filósofos, arquitectos, poetas, profesores, personal sanitario y funcionarios que reconstruirán y revitalizarán sus países una vez que se restablezca la paz y puedan regresar a sus hogares. La educación de esos jóvenes refugiados es crucial para el desarrollo pacífico y sostenible de los lugares que los han acogido, y para la prosperidad futura de sus propios países.



Con todo, tal y como revela este informe, en comparación con otros niños y jóvenes en todo el mundo, la desigualdad de oportunidades para los 6,4 millones de refugiados en edad escolar bajo el mandato de ACNUR no para de crecer.

A escala global, el 91% de los niños asisten a la escuela primaria. En el caso de los refugiados, esa cifra desciende hasta el 61%, y en los países de renta baja, el número de niños que van a primaria es inferior al 50%. Aun así, ha habido progresos. El porcentaje de refugiados en la escuela primaria en 2016 aumentó significativamente en comparación al año anterior (50% en 2015) principalmente gracias a las medidas adoptadas por países vecinos a Siria para matricular a más niños refugiados en la escuela y en otros programas educativos, así como por el aumento de la matriculación de refugiados en países europeos que cuentan con más capacidad para incrementar el número de plazas en sus sistemas educativos.

Sin embargo, a medida que los niños refugiados se hacen mayores, los obstáculos no hacen más que aumentar: solo un 23% de los adolescentes refugiados cursan estudios secundarios, frente al 84% de los adolescentes a escala global. En los países de renta baja, que albergan al 28% de los refugiados del mundo, el porcentaje de refugiados en la educación secundaria es alarmantemente bajo, tan solo un 9%.

En lo tocante a los estudios superiores – el crisol en el que se forjan los líderes del mañana – el panorama es igualmente sombrío. A lo largo y ancho del mundo, el porcentaje de matriculación en los estudios superiores se cifra en un 36%, un aumento del dos por ciento respecto al año anterior. En lo que respecta a los refugiados, a pesar de grandes mejoras en las cifras generales gracias a la inversión en becas y otros programas, el porcentaje permanece estancado en un 1%.

Hace un año, políticos, diplomáticos, funcionarios y activistas de todo el mundo se reunieron para trazar una ruta que permitiera abordar la situación de los refugiados. El resultado fue la Declaración de Nueva York para Refugiados y Migrantes, firmada por 193 países, que hace hincapié en la educación como elemento fundamental en la respuesta internacional a las crisis migratorias. Además, la meta del Objetivo de Desarrollo Sostenible 4 (ODS4) – uno de los 17 Objetivos Globales encaminados a acabar con la pobreza, proteger el planeta y promover la prosperidad para todos – es proporcionar “educación inclusiva y de calidad para todos y promover el aprendizaje continuo”.

A pesar del abrumador apoyo a la Declaración de Nueva York y ODS4, en cuanto a su educación, los refugiados todavía corren el peligro de ser abandonados a su suerte. Por ello, en este informe, ACNUR insta a la comunidad internacional a pasar de las palabras a los hechos.

- Declaramos que **la educación tiene que ser parte integral de la respuesta de emergencia a una crisis de refugiados**. La educación puede aportar un entorno protector y estable para una persona joven cuando todo lo demás parece haberse sumido en el caos. Proporciona conocimientos prácticos que salvan vidas, promueve la resiliencia y la autosuficiencia, y ayuda a satisfacer las necesidades psicológicas y sociales de los niños y niñas afectados por conflictos. La educación no es un lujo, sino una necesidad básica.
- Paralelamente, la educación es un servicio social que requiere planificación e inversión a largo plazo. La escolarización de un niño no debe terminarse en el momento en el que surge una situación de emergencia en otra parte y la respuesta de emergencia se traslada al nuevo escenario. **ACNUR hace un llamamiento por un enfoque holístico y una inversión sostenida y previsible en los sistemas educativos de países que acogen a refugiados**. Esto tiene que beneficiar tanto a los refugiados como a las comunidades que los acogen, la mayor parte de los cuales están en países de renta baja o media que pueden carecer de una infraestructura adecuada y una capacidad suficiente.
- A fin de lograr la cuadratura de este círculo de respuesta de emergencia y necesidades a largo plazo, **tenemos que garantizar que los niños y jóvenes refugiados sean incluidos en los sistemas educativos nacionales**. Los refugiados, al igual que todos los jóvenes del mundo, se merecen una educación de calidad – **seguir unos planes de estudio acreditados, y presentarse a exámenes que les permitan acceder a la siguiente etapa de su escolarización**. ACNUR ha aprendido, tras décadas de trabajo sobre el terreno, que los sistemas paralelos son un pobre sustituto; de hecho, son contraproducentes, ya que dejan como resultado un aprendizaje no acreditado que impide

que los niños progresen. Algunos países han adoptado este principio de inclusión de los refugiados a pesar de lo limitado de sus recursos; otros todavía no lo han hecho, posiblemente porque necesitan más apoyo. Este debe ser un esfuerzo compartido para una responsabilidad compartida.

- Por último, no debemos olvidarnos de aquellos que toman la iniciativa en aulas a menudo masificadas y con recursos insuficientes. Quizá hayas tenido un profesor que marcó la diferencia en tu etapa escolar, o incluso en tu vida. Puede que te abriera los ojos a algo por primera vez, o que dijera unas palabras de ánimo en el momento oportuno, o que contase la dura verdad cuando más falta hacía. Los profesores que aparecen en este informe entran cada día en las peores aulas del mundo para ayudar a los refugiados a construir su propio futuro. **Los profesores merecen nuestro apoyo incondicional – un salario adecuado, materiales adecuados en cantidad suficiente y asistencia especializada**.

Lean los casos analizados en este informe y no tendrán duda alguna del deseo de aprender de los refugiados y, por lo tanto, de determinar su propio futuro. Asimismo, comprobarán cómo los obstáculos para obtener una educación se acumulan a medida que un niño crece e intenta mantener su lugar en el aula. La brecha entre los refugiados y sus compañeros no refugiados es enorme, y sigue creciendo.

La educación de los refugiados es una responsabilidad compartida. Comprometernos a apoyar dicha responsabilidad y a invertir en ella nos hará obtener abundantes recompensas. El año anterior, con la Declaración de Nueva York, al menos 193 países hicieron una promesa a los refugiados del mundo. Ahora es el momento de cumplir esa promesa.

## LA EDUCACIÓN ES UN DERECHO

Las palabras de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 siguen estando hoy más vigentes que nunca: “La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos, y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.”

## LA EDUCACIÓN PROTEGE

Esto es especialmente importante para los niños refugiados que hallan refugio, amistad y rutina en un aula. Las aulas pueden protegerlos del reclutamiento forzoso en grupos armados, del trabajo y el matrimonio infantil y de la explotación sexual. La educación también fortalece la resiliencia de las comunidades y ayuda a los refugiados a protegerse mejor a sí mismos, aportando conocimientos esenciales sobre salud y conciencia de riesgo.

## LA EDUCACIÓN EMPODERA

La educación proporciona a los refugiados el conocimiento y las habilidades necesarios para vivir vidas productivas, satisfactorias e independientes. El argumento económico queda demostrado: en Uganda, por cada año adicional que un niño refugiado pasa en la escuela, sus ingresos aumentan un 3 por ciento. Cuanto más tiempo pasan los refugiados recibiendo una educación de calidad, mejor conocerán sus derechos, mejor podrán defenderse y vivir de forma independiente.

## LA EDUCACIÓN PROPORCIONA CONOCIMIENTOS

Al igual que para los niños y los jóvenes en todas partes, el aula es un lugar para que los refugiados aprendan sobre sí mismos y el mundo en torno a ellos. En este informe se muestra, historia tras historia, la sed insaciable de aprender que tienen los refugiados y el auténtico deseo de aquellos que lo han perdido todo, de reconstruir sus vidas y comunidades.

# EL PANORAMA GLOBAL

Hay 6,4 millones de refugiados en edad escolar entre los 17,2 millones de refugiados que se encuentran bajo el mandato de la ONU. En 2016, solo 2,9 millones estaban matriculados en educación primaria o secundaria. Más de la mitad de ellos – 3,5 millones – no iban a la escuela.

## Para muchos refugiados, la educación está fuera de su alcance



**Los niños en edad escolar**  
deberían asistir **200 días** al año  
a la escuela



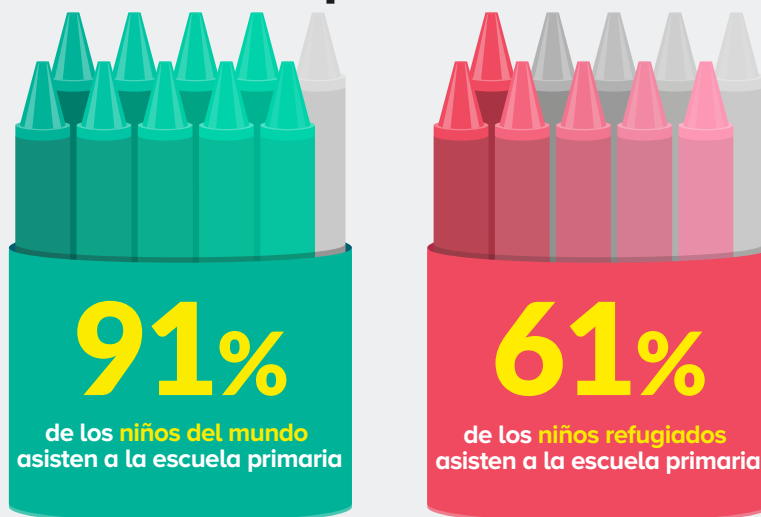
**3,5 millones**  
de niños refugiados\*  
en edad escolar  
asistieron **0 días a la escuela**  
en 2016

\* Bajo el mandato de ACNUR

Fuente: ACNUR 2016



## Índices de matriculación en primaria



Fuente: UNESCO (2015), ACNUR (2016)

De entre ellos, aproximadamente 1,5 millones de niños refugiados no asistían a la escuela primaria y dos millones de refugiados adolescentes no iban a secundaria. Los 2,3 millones de niños refugiados matriculados en la escuela primaria y los 600.000 adolescentes matriculados en la educación secundaria necesitaban más apoyo para continuar en la escuela y tener éxito en sus estudios.

Los refugiados siguen teniendo cinco veces más probabilidades de no estar escolarizados que sus compañeros no refugiados. Aunque ha habido grandes avances en la matriculación de refugiados – y muchos gobiernos de acogida han estado trabajando con ACNUR y sus asociados para asegurar su acceso a una educación acreditada en los sistemas educativos nacionales – el problema radica en la elevada cifra de refugiados.

Si bien el grupo poblacional de refugiados en edad escolar permaneció estable en torno a los 3,5 millones durante la primera década del siglo XXI, y hubo un avance progresivo en las tasas de escolarización, dicho grupo poblacional ha ido aumentando en 600.000 niños de media cada año desde 2011. Este ritmo se traduce en que cada año

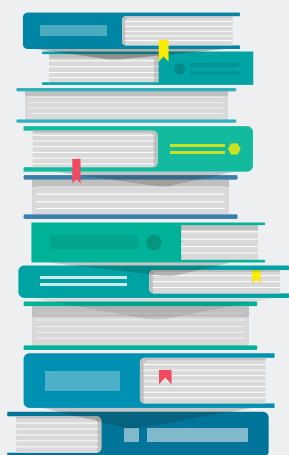
son necesarias al menos 12.000 aulas adicionales y 20.000 nuevos profesores.

Por supuesto, las cifras de matriculación global de refugiados solo cuentan una parte de la historia. El incremento, de 50% en 2015 a 61% en 2016, de refugiados matriculados en primaria refleja en gran medida mejoras para los niños refugiados sirios derivadas del aumento de la ayuda internacional y de las medidas adoptadas por los gobiernos de acogida. Aunque esto demuestra que los esfuerzos combinados de este tipo dan fruto, los porcentajes de matriculación de otros niños refugiados no han aumentado al mismo ritmo. Menos de la mitad de los niños refugiados acogidos por los países más pobres acceden a la educación primaria, y solo el 9 por ciento de los adolescentes refugiados acceden a la educación secundaria en estos países.

Las niñas refugiadas siguen estando en una situación especialmente desfavorable. Por cada diez niños refugiados que asisten a la escuela primaria, hay menos de ocho niñas refugiadas. En la educación secundaria, las cifras son peores, con menos de siete niñas refugiadas por cada diez niños refugiados.

## Índices de matriculación en secundaria

**84%** de los **adolescentes del mundo** asisten a la escuela secundaria



**23%**

de los **adolescentes refugiados** asisten a la escuela secundaria



Fuente: UNESCO (2015), ACNUR (2016)

## Índices de matriculación en educación superior



Fuente: UNESCO (2015), ACNUR (2016)



“No sabía leer y mis padres no podían enseñarme porque también son analfabetos. Ahora puedo enseñar a mis padres y a todos mis hermanos y hermanas pequeños. Mis padres están muy orgullosos de mí y yo estoy muy contento de poder leer. Ahora por fin puedo soñar con mi futuro”.

Khadija, 12 años, refugiada sudanesa en el campo de refugiados de Doro, Mabán, Sudán del Sur.



## CAPÍTULO 1

# LA EDUCACIÓN EN SITUACIONES DE EMERGENCIA

Sala, 6 años, refugiada nigeriana asiste a la escuela junto con niños de la comunidad local en Níger. © ACNUR/HELENE CAUX

## Lejos del caos, espacios seguros para los niños refugiados

A los niños que se vieron obligados a huir de sus hogares, la educación aporta estabilidad y seguridad cuando todo lo demás en sus vidas parece haberse desmoronado. Tal y como afirmaron los signatarios de la Declaración de Nueva York para los Refugiados y los Migrantes, “el acceso a una educación de calidad, incluyendo la educación para las comunidades de acogida, brinda una protección fundamental a los niños y jóvenes en contextos de desplazamiento, especialmente en situaciones de conflicto y crisis”.

Para muchos niños refugiados, un aula puede ser el primer entorno pacífico y seguro que encuentren. Un lugar que les aporta una rutina reconfortante. Mientras sus padres intentan lidiar con la realidad del desplazamiento - buscando comida y cobijo, poniéndose en contacto con las agencias humanitarias y organizaciones gubernamentales pertinentes – los niños y niñas pueden hallar un lugar seguro en la escuela, conocer y relacionarse con compañeros de su edad y comenzar o retomar un aprendizaje estructurado.

Igualmente importantes son las habilidades e información vitales que adquieren, como por ejemplo, la forma de evitar el peligro, como prevenir enfermedades y dónde encontrar ayuda. Además, las escuelas con profesores y personal de apoyo cualificados pueden atender las necesidades psicológicas y sociales de niños y adolescentes jóvenes que se están recuperando del trauma que supone una situación de conflicto. Por todo ello, la educación es parte fundamental de la respuesta de emergencia de ACNUR a una crisis humanitaria.

La educación en una situación de emergencia no es sinónimo de una “educación de emergencia”, es decir, medidas temporales que inintencionadamente se convierten en respuestas a largo plazo a las

## Compensar el tiempo perdido

Un aula de refugiados es diferente a cualquier otra. Integrar a los niños refugiados en los sistemas educativos nacionales requiere un pensamiento creativo. Si se tiene en cuenta que la población de refugiados en edad escolar crece en 600.000 personas cada año desde 2011, muchos países de acogida necesitan apoyo adicional para cubrir las necesidades educativas, tanto de los niños locales, como de los niños refugiados. Cabe la posibilidad de que los niños refugiados hayan perdido meses o años de escolarización antes de huir de sus países de origen, tal y como lo demuestran las historias personales que se muestran en este informe: desde el estudiante de medicina afgano que otrora era un niño campesino,

### “Un aula de refugiados es diferente a cualquier otra”.

necesidades educativas de los menores. Tal y como mostramos en el capítulo siguiente, décadas de experiencia nos han enseñado que es fundamental trabajar desde el comienzo de una crisis migratoria con socios locales y con los gobiernos nacionales de acogida. Garantizar que los refugiados reciban el apoyo necesario también beneficia a los niños locales, que a menudo viven en las regiones pobres y remotas que acogen a los refugiados.

Los niños y adolescentes tienen derecho a una educación que asegure el pleno desarrollo de su potencial. Un sistema sin exámenes ni certificación acreditados, con materiales e infraestructuras inadecuados, con profesores sin cualificación o sin práctica suficientes no proveerá en forma alguna una educación de calidad. En consecuencia, la educación tiene que tenerse en cuenta en la planificación y en los presupuestos para paliar las situaciones de emergencia que afectan a refugiados, a nivel nacional e internacional, así como ser incluida de manera sistemática en la planificación y presupuestos de los sectores de educación y desarrollo nacional.

hasta los adolescentes que estaban tan atemorizados por las pandillas callejeras que tenían miedo de ir a la escuela.

A fin de ayudar a los refugiados a cubrir la brecha que suponen muchos años de escolarización perdidos, son necesarias formas de educación más flexibles, como por ejemplo educación acelerada y los programas puente y de actualización. La educación acelerada comprende un plan de estudios condensado de forma que los estudiantes puedan completarlo en la mitad de años que normalmente se necesitan para un determinado nivel, o incluso menos. Los estudiantes se presentan a exámenes acreditados que les permiten integrarse en el sistema educativo general (en el curso adecuado para su edad), ser transferidos al siguiente nivel o matricularse en formación técnica basada en conocimientos prácticos y en formación profesional. Los programas puente y de actualización o bien ayudan a los estudiantes a aprender contenidos que no pudieron estudiar en su momento, o bien les proporcionan los conocimientos y habilidades (como por ejemplo el aprendizaje de un nuevo idioma) que necesitan para adaptarse a un sistema diferente.

En este informe hay múltiples ejemplos de la implementación exitosa de la educación en situaciones de emergencia: encontrar maneras de ampliar el alcance de los recursos educativos disponibles, diseñar programas puente para poner a los niños al día según su nivel de formación previo, cursos intensivos de idiomas, o acuerdos transfronterizos sobre el reconocimiento de las titulaciones de profesores y estudiantes. Son estrategias adaptables que pueden utilizarse en diversas situaciones de emergencia. Y su objetivo, aparte del aprendizaje y la protección, es promover el bienestar social y emocional de los niños, niñas y jóvenes refugiados.

### Una respuesta a las situaciones de emergencia que requiere un apoyo prolongado

Los firmantes de la Declaración de Nueva York se comprometieron a “proporcionar una educación primaria y secundaria de calidad en entornos de aprendizaje seguros para todos los niños refugiados, y a hacerlo en unos pocos meses tras el desplazamiento inicial.” Estas últimas palabras son cruciales, ya que reconocen los beneficios protectores de la educación, especialmente en las fases iniciales de una situación de emergencia, y un compromiso con el derecho de todo niño a la educación.

No se puede permitir que la educación sea víctima de las fluctuaciones de los presupuestos cuando estallan nuevos conflictos y hay que atender nuevas situaciones de emergencia. Es profundamente injusto proporcionar escolarización a un niño durante un año, para quitársela al siguiente porque ya no se le considera “parte de una situación de emergencia”. El objetivo de una educación inclusiva requiere un compromiso a largo plazo de la comunidad internacional. También requiere planes de contingencia y preparación por parte de los gobiernos de acogida, los actores de desarrollo y las agencias humanitarias.

Los niños refugiados se merecen una educación de calidad que sea para toda la vida. La educación tiene que ser parte integral de nuestra respuesta a las situaciones de emergencia, no una ocurrencia que cae gradualmente en el olvido.



Plavashay, 13 años, refugiada afgana que asiste a una escuela en Pakistán.

© ACNUR/SARA FARID

“Preveo que tendré un futuro brillante cuando acabe mis estudios. Regresaré a Sudán del Sur y ayudaré a mi gente, de todas las maneras posibles, excepto con las armas. Aún no sé cómo voy a contribuir, pero lo haré. Debo hacerlo.”

Samuel Mabil Deng, 26 años,  
campo de refugiados de Kakuma, Kenia.



CASO REAL

# LA BÚSQUEDA DE NYAHOK

Nyahok Reath ha sido una alumna brillante durante la educación primaria y su sueño es llegar a ser piloto. Pero la educación secundaria está fuera de su alcance y, mientras esto sea así, no podrá cumplir su sueño.



Antes de abandonar junto a su familia su hogar en Nasser, en el estado del Alto Nilo de Sudán del Sur, Nyahok pudo observar, embelesada, las operaciones que realizaban los aviones de las Naciones Unidas para entregar ayuda humanitaria en un aeropuerto cercano. “Mi sueño siempre ha sido llegar a ser piloto”, dice. “Cuando era pequeña, veía muchos aviones sobrevolando Nasser y me gustaba mucho observar a los pilotos con sus bonitos uniformes cuando salían de los aviones. Quiero conocer todos los países”.

## Destellos de esperanza en poder asistir a la escuela secundaria

Actualmente Nyahok tiene 17 años, vive en el campo de refugiados de Kule en Gambella, Etiopía, y sabe que el acceso a la educación secundaria es la única forma posible de convertir su sueño en realidad. Pero en la zona existen recursos limitados que solo permiten el acceso al primer año de secundaria. Prácticamente ningún adolescente refugiado puede continuar con sus estudios más allá de este curso. Esta región, uno de los estados menos desarrollados y más remotos de Etiopía, y recibe la llegada continua de nuevos refugiados.

Nyahok pudo recuperar la esperanza gracias a su tío que vive en Kenia y se ofreció a pagarle la educación secundaria. Con el total apoyo por parte de sus padres, dejó el campo de refugiados y se dirigió a Nairobi para seguir con sus estudios. Sin embargo, transcurridos solo seis meses, su tío se quedó sin dinero. “Se complicó su situación y no pudo seguir pagando las tasas escolares”, dice, mientras se mira los pies sentada en la cama junto a su padre, Reath Kun.

La crisis en Sudán del Sur ha dado lugar a la población de refugiados con mayor crecimiento de todo el mundo. Un 62 por ciento de los más de 1,8 millones de personas que han huido de este país tiene menos de 18 años. Actualmente hay alrededor de 340.000 refugiados de Sudán del Sur en Etiopía, un país considerado de los menos desarrollados de todo el mundo y que tiene grandes dificultades en proporcionar educación a sus propios habitantes.

El gobierno etíope ha manifestado su interés en mejorar el acceso tanto de su población como de la población refugiada a los diferentes niveles educativos, pero existen grandes obstáculos para llevar a cabo este cometido. Solo un 9 por ciento de los niños refugiados en edad de recibir educación secundaria tienen plaza en un aula en Etiopía: una tasa muy por debajo del 23 por ciento cuando se considera a la población refugiada global escolarizada y del 84 por ciento correspondiente a los niños que no son refugiados.

## “Me volvería a marchar si tuviera que hacerlo”

Esto significa que los jóvenes como Nyahok se ven privados de oportunidades independientemente de su nivel de compromiso en la escuela primaria. “Yo no tuve la oportunidad de asistir a la escuela”, manifiesta su padre. “Vivía en una zona remota en Nasser y allí no había escuelas. Quiero que Nyahok pueda ir a la escuela. Estoy muy orgulloso de ella, tanto por los resultados que obtiene, como por el empeño que pone.”

Berhanu Geneti, oficial de educación de ACNUR en Gambella, opina que los niños y adolescentes refugiados “están deseosos de aprender y de hacer algo útil con sus vidas”, pero las restricciones de financiación se traducen en recortes en el número de aulas, libros de texto y profesores.

Como no pudo terminar el anterior curso escolar, Nyahok tiene que empezar ahora el 8º curso. Pero a pesar de este contratiempo, no pierde su ilusión: “Me causaría mucha tristeza no poder cumplir mi sueño de convertirme en piloto”. Esto le permitiría descubrir el mundo y cuidar de su familia al mismo tiempo. Y también quiere abrir camino para otras chicas sudanesas como ella: “Quiero servir de modelo para ellas.”

Ahora mismo, dice “en lo único que puedo pensar es en mi educación, en acabar la escuela. Volvería a huir de nuevo si fuera necesario para continuar con mi educación.”

CASO REAL

# HISTORIA DIGITAL



Qusai, refugiado sirio de 27 años, en el campo de refugiados de Azraq (Jordania). © ACNUR/MOHAMMAD HAWARI

La guerra acabó de forma repentina con los grandes esfuerzos realizados por Qusai para convertirse en abogado. Había cursado el primer año de Derecho en la universidad de Dara'a, una ciudad situada en el sur de Siria localizada en el centro del conflicto cuando la violencia comenzó en el país. En 2013, Qusai y su familia huyeron a Jordania y llegaron al remoto campo de refugiados de Azraq. Allí se desvanecieron sus esperanzas de continuar con su formación.

Desesperado por continuar con su educación, Qusai se inscribía en todos los cursos informales que podía: inglés, informática, e incluso, reparación de teléfonos móviles. Pero al no poder permitirse pagar las tasas universitarias locales o conseguir una visa para estudiar en otro país, su propósito de acabar el curso parecía inalcanzable.

Fue entonces cuando escuchó noticias sobre una iniciativa llamada InZone, respaldada por la Universidad de Ginebra y que ofrecía un curso universitario de Historia, desarrollado por la universidad de Princeton. “Nunca antes había pensado estudiar Historia, pero había instituciones prestigiosas involucradas y realmente quería hacer el curso”, manifiesta Qusai.

## Solo uno de cada 100 estudiantes refugiados consigue acceder a la educación superior

Aunque ha habido un incremento en el número de matrículas en educación superior a nivel mundial (un 36 por ciento en 2016, comparado con el 34 por ciento correspondiente al año anterior), para un 99 por ciento de los refugiados el acceso a la universidad y a otras formas de educación superior queda fuera de su alcance. Existe una demanda evidente: en 2016, más de 4.300 refugiados recibieron las becas DAFI, bajo el programa de educación superior de ACNUR financiado por Alemania, para cursar educación superior en 37 países, lo que supuso un incremento de casi un 90 por ciento comparado con los datos de 2015. Pero factores tales como las tasas, la distancia y la dificultad existente para completar la educación secundaria contribuyeron a cerrar las puertas a decenas de miles más.

InZone pone de manifiesto que la educación superior puede llegar hasta aquellas personas que normalmente no tendrían acceso a ella. La iniciativa se desarrolló por primera vez en 2010 en el campo de refugiados de Kakuma, en Kenia, y llegó a Azraq en septiembre de 2016 mediante el curso de Historia de Princeton. Actualmente se ofrece también un curso de ingeniería de la universidad de Purdue. Las sesiones de formación se realizan en un laboratorio de informática financiado por ACNUR y gestionado

por la organización no gubernamental CARE International.

James Casey, doctorando en historia moderna de Siria en Princeton, ha sido uno de los tutores en línea del curso de Azraq. James cuenta que, a diferencia de los cursos en línea o por correo habituales, donde las tasas de retención son en muchas ocasiones bajas, el enfoque de InZone es el de potenciar el nivel de compromiso entre los tutores y los estudiantes, ya sea a través de los recursos en línea, las redes sociales o los encuentros presenciales. “Esta es la forma de mantenerlos comprometidos y de que continúen con la formación”, manifiesta.

## Laboratorios, tabletas y profesores

Los tutores y profesores del curso intentan visitar a los estudiantes en el campo al comienzo y al final del trimestre, en el primer caso para realizar exámenes de selección y dar una introducción al curso a los estudiantes que comienzan éste y en el segundo caso para supervisar la realización de un taller y de los exámenes de final de curso.

Además del laboratorio de informática, los estudiantes pueden utilizar dispositivos móviles y acceder a material de estudio con dispositivos USB, en caso de que no funcione internet. También se crean grupos de WhatsApp para facilitar la comunicación entre los profesores y los estudiantes incluso cuando la conectividad esté limitada.

El curso supuso para Qusai, no solo una forma de obtener créditos universitarios, sino la oportunidad de sentirse estimulado intelectualmente y abrir una puerta a la esperanza. “Estudiar con las mejores universidades y estar conectado con el mundo académico te hace sentirte parte de algo más grande y no solo un número en un campo de refugiados”, declara Qusai.

Pero también aportó nuevas perspectivas para el futuro. “Hemos aprendido cómo los países de Europa se reconstruyeron tras la Segunda Guerra Mundial. Y eso me ha dado esperanzas sobre la posibilidad de que ocurra lo mismo en Siria.”

SOBRE EL TERRENO

# IR A LA ESCUELA EN UNA ZONA DE GUERRA



Josef, refugiado etíope de 10 años, en Sana'a (Yemen). © ACNUR/SHABIA MANTOO



Shabia Mantoo, portavoz de ACNUR en Yemen, describe la determinación que tienen los niños refugiados para continuar con sus estudios a pesar de la destrucción que les rodea.

Josef es alegre y siempre amable, parece un querubín de un cuadro pintado por un maestro renacentista. Cuando habla, no refleja en absoluto la violencia, la pérdida y las situaciones complicadas que ha vivido en su corta vida.

Nacido de padres etíopes obligados a huir de su hogar hace varios años, Josef, de 10 años, es uno de los más de 280.000 refugiados en Yemen que han escapado del conflicto y la persecución en un país y que se han visto obligados a enfrentarse de nuevo a todo esto en otro, ya que Yemen es un país donde imperan la destrucción y las epidemias.

Desde el último estallido del conflicto en 2015, el padre de Josef ha muerto, su escuela ha cerrado y él se ha salvado a duras penas de morir tras el estallido de un proyectil que cayó cerca del lugar donde se encontraba. Es imposible saber el dolor que alberga en su interior, bajo su alegre apariencia. Pero él siempre sonríe y mantiene la cabeza y los hombros erguidos.

Actualmente Josef va a una nueva escuela y en la que se ha matriculado gracias a la financiación de ACNUR y a un centro comunitario gestionado por un socio de ACNUR en la capital yemení. Josef no pide nada más que seguir con sus estudios y que dejen de caer bombas. “Cuando oigo las explosiones, siento miedo, pero si estoy en clase, me siento seguro. Solo quiero acabar mis estudios y lograr ser ingeniero”, me dijo con su característica sonrisa.

Durante años, Yemen está siendo uno de los países que más refugiados acoge, una generosidad muchas veces no reconocida por el resto del mundo. Es el único país de la península arábiga que ha firmado la Convención de Refugiados de 1951 e históricamente se ha convertido en un lugar de asilo para las personas que huyen de la violencia del Cuerno de África y países más lejanos. Los refugiados que llegan reciben acceso a los servicios públicos tales como la educación, pero debido a la situación de conflicto que existe en el país, tanto los niños refugiados como los locales se enfrentan a innumerables dificultades para continuar con sus estudios.

Debido a la guerra, las instituciones y los servicios públicos, entre los que se encuentran los educativos, están colapsándose. En muchos hogares los refugiados se enfrentan a la pobreza y a las epidemias, a la falta de trabajo y a la falta de apoyo de redes sociales -de las que sí dispone la población local- en las que poder encontrar protección y seguridad, incluso en tiempos tan difíciles. Diariamente decenas de personas son heridas o asesinadas. La

infraestructura civil, incluyendo las escuelas, se ha convertido en objetivo de ataques y los niños son asesinados de camino a la escuela o cuando ya se encuentran en ella. Los niños que tienen que recorrer grandes distancias para llegar al centro escolar son los más vulnerables.

Como consecuencia de todas estas circunstancias, los profesores de Yemen tienen que aprender materias y estrategias que van más allá de su profesión. Samy al Yamani, una gestora de recursos que conocí en una escuela de Sana'a, comprueba todos los días los efectos de la violencia en sus estudiantes. “Algunos niños están tan traumatizados por el conflicto que durante la clase se desmayan, gritan o se esconden debajo de las mesas”, manifiesta. “Yo diría que hasta un 50 por ciento de los estudiantes de la escuela muestran síntomas de trauma debido a la situación de conflicto”.

Durante otra visita a una escuela en el distrito Basateen de Aden, en una zona residencial donde conviven una gran cantidad de refugiados y de personas desplazadas internamente con población yemení, pude ver lo que parecían ser los restos de un autobús que había recibido un impacto directo de alguna bomba. Las casas de alrededor estaban llenas de marcas de balas. Era un cálido verano y los estudiantes pasaban sonrientes por la zona tras terminar su día de escuela, llevando los libros y sus mochilas, y ajenos al escenario apocalíptico que atravesaban. La imagen de ese autobús será muy difícil de olvidar para mí.

Aún así, estos jóvenes refugiados y aquellos que trabajan en las escuelas y otros centros educativos resisten, y quieren seguir aprendiendo y enseñando. Conservan sus sueños de llegar a ser doctores e ingenieros (profesión elegida por Josef), trabajos que serán necesarios para reconstruir cualquier país destrozado tras un conflicto y cuando éste finaliza. La educación es su salvavidas para el futuro.



CAPÍTULO 2

# INVERTIR EN INCLUSIÓN

Mahmoud, un niño sirio de 9 años refugiado en Suecia (izquierda), fue reasentado desde Egipto después de un traumático intento de alcanzar Europa por vía marítima en un bote. © ACNUR/JOHAN BÄVMAN

Para un niño refugiado, el primer día de clase en el país que le acoge representa un punto de partida: supone dejar atrás el caos vivido al abandonar su hogar y el regreso a la normalidad. Sin embargo, la realidad es que muchos refugiados se ven excluidos de la protección y las oportunidades que asistir a la escuela ofrece. En 2016, hubo aproximadamente 6,4 millones de niños refugiados en edad escolar bajo la protección de ACNUR, que debían asistir a la escuela unos 200 días al año. De ellos, unos 3,5 millones no asistieron ni un solo día a clase.

## “No existe una solución a corto plazo para la educación de los refugiados.”

No existe una solución a corto plazo para la educación de los refugiados. Para millones de ellos su exilio ha durado décadas. Durante 2016, solo 552.200 refugiados regresaron a sus países de origen y tan solo 189.300 fueron reubicados. La educación de los refugiados sometidos a años de desplazamientos forzados es una herramienta clave para mejorar el destino de la población de muchos países destrozados por los conflictos. La experiencia ha demostrado que la forma más sostenible de conseguir este objetivo es asegurar la integración de los refugiados en los planes nacionales de desarrollo, así como la planificación del sector educativo, de los presupuestos y en los sistemas de seguimiento y control.

Asegurar una educación inclusiva para los refugiados es una responsabilidad contraída por los países miembros de las Naciones Unidas a través de los tratados internacionales, el compromiso renovado en el Objetivo n° 4 de Desarrollo Sostenible: “Garantizar una educación inclusiva, equitativa y de calidad para todos”, así como en la Declaración de Nueva York de 2016 para Refugiados y Migrantes. Pero tanto la comunidad internacional como los gobiernos deben tener en cuenta otro elemento clave: las organizaciones humanitarias deben priorizar las emergencias a medida que éstas aparecen y la educación de los refugiados, por el contrario, es un servicio social que requiere planificación a largo plazo, soporte técnico y financiación.

Los países en desarrollo soportan las consecuencias de la crisis mundial de los refugiados: más de un 84 por ciento de los refugiados son acogidos en zonas en desarrollo y 4,9 millones de personas, el equivalente a un 28 por ciento, se encuentran en los países menos desarrollados. Por tanto, a menudo los refugiados se encuentran en países con recursos muy limitados. Aunque la política nacional contemple la

inclusión de los refugiados en el sistema educativo, la financiación y la ayuda concedidas por la comunidad internacional no son suficientes.

La inversión en un sistema común, donde los niños refugiados y los del país de acogida compartan aula, generará beneficios a largo plazo para la comunidad y evitará crear una presión adicional sobre los recursos locales. La construcción de nuevas escuelas y la formación de más profesores mejoran la calidad del sistema educativo nacional para los futuros estudiantes, sean éstos refugiados o locales. Por el contrario, aquellas políticas que discriminan a los refugiados, bien sea por su condición de refugiado, su género o por alguna discapacidad, resultan inaceptables además de contraproducentes. Se debe tener presente que la educación es una tarea a largo plazo. Garantizar el acceso a la educación para todos, ya sea por primera vez o para adquirir nuevas habilidades, supone una forma más de mejorar su independencia, autosuficiencia y dignidad.

Estos objetivos llevan asociados unos costes y unas responsabilidades que la comunidad internacional debe compartir. ACNUR, los gobiernos y las organizaciones colaboradoras, con su trabajo conjunto, han conseguido grandes avances hacia la inclusión. En Chad, por ejemplo, los niños refugiados tienen acceso al sistema educativo nacional y el gobierno se ha comprometido a ofrecer una educación inclusiva a refugiados y locales. En 2016, el Ministerio de Educación recibió una ayuda de emergencia de 6,95 millones de dólares por parte de la Asociación Mundial para la Educación (Global Partnership for Education), una plataforma para el fomento y la financiación de la educación, con el fin de responder a la situación de los refugiados nigerianos en la zona del Lago Chad. El dinero se utilizó para la formación de más de 800 profesores y benefició a más de 8.500 niños.



Existen otros muchos ejemplos. En la República Democrática del Congo, ACNUR ha trabajado con el Ministerio de Educación para garantizar el respaldo a las escuelas locales y que éstas puedan integrar a los refugiados de Burundi y otros niños desplazados. Los gobiernos de Turquía, Líbano y Jordania han promovido de una u otra forma la inclusión de los niños refugiados en los sistemas educativos nacionales. Los programas puente, tales como los de aprendizaje intensivo de la lengua, cuyo objetivo es que los niños refugiados puedan entender el idioma utilizado en el aula en los países de acogida han demostrado ser herramientas poderosas para conseguir la inclusión.

En Dollo Ado, Etiopía, el 95 por ciento de los refugiados somalíes que llegaron a la zona en 2011 nunca antes habían tenido acceso a la educación. Gracias a las inversión de donantes privados y de organizaciones de desarrollo, los servicios educativos para los niños refugiados y locales han mejorado.

La educación para los refugiados tiene que realizarse mediante sistemas que proporcionen la obtención de titulación, de tal forma que ese aprendizaje quede certificado. Esto puede

garantizar el acceso a otra formación posterior. Es necesario realizar esfuerzos adicionales para superar los obstáculos que encuentran los refugiados para acceder a la escuela, especialmente cuando alcanzan la adolescencia y reciben presiones para comenzar a trabajar, casarse o encargarse de las tareas domésticas. Las tasas de matriculación de los refugiados se desploman en la educación secundaria, bien porque no existen escuelas de este nivel educativo, bien porque son demasiado caras el acceso es muy complicado o peligroso. No sorprende por lo tanto que solo un 1 por ciento de los jóvenes refugiados acceda a la educación superior.

Una respuesta efectiva a los retos que supone la educación de los refugiados no puede basarse en una financiación anual imprevisible y en una planificación a corto plazo. La financiación tiene que ser sostenible y a largo plazo para permitir que los gobiernos de todo el mundo construyan más escuelas y formen a más profesores, contribuyendo así de forma perdurable al desarrollo de los países de acogida. Considerar la educación de los refugiados una inversión en desarrollo sostenible beneficia a todos.



“Ellos quieren saber sobre nosotros y nosotros queremos saber acerca de ellos. Hay mucho que contar y explicar. A veces, traduzco para los demás al árabe o al alemán”.

Kamata, de 10 años, refugiada siria en Golzow (Alemania).



CASO REAL

# TRATO IGUALITARIO



Maryam Rahimi\*, refugiada afgana en Irán en su último año de escuela. Tiene la esperanza de entrar en la universidad en 2018.

FOTOGRAFÍA ORIGINAL © ACNUR/REZA SAYAH, ILUSTRACIÓN © ACNUR/BEATRIZ HEREDIA

Los padres de Maryam Rahimi eran solo unos niños cuando huyeron de Afganistán, al comienzo de la invasión del país por parte de la Unión Soviética. Encontraron refugio en Irán, donde se conocieron cuando eran ya adultos, se casaron y tuvieron dos hijas. Ninguno de ellos había terminado la educación primaria.

“Mis padres eran analfabetos. Mi padre trabajaba como obrero”, dice Maryam. “Para ambos era muy importante que yo sí pudiera tener estudios”.

Hoy Maryam tiene 17 años y es una de las mejores estudiantes de su clase. Su objetivo es ir a la universidad.

## ‘Estudiar para tener el control de tu propio destino’

Irán, gracias a las políticas y a los esfuerzos que está realizando para fomentar la tolerancia y la inclusión social, ha permitido que refugiados afganos como Maryam se formen junto a estudiantes locales en todos los niveles educativos. Hay que destacar que este compromiso que da acceso a los refugiados al sistema nacional de educación se ha mantenido en el tiempo.

El hecho de que Irán haya reconocido la importancia de la formación para niños refugiados potencialmente vulnerables, hace que a día de hoy haya más de 420.000 estudiantes extranjeros en las escuelas del país. Se trata de un gran éxito si tenemos en cuenta que en el mundo menos de un 25 por ciento de los refugiados en edad de cursar secundaria recibe educación, mientras que en resto de población el porcentaje es de un 84 por ciento.

“Este gobierno está haciendo un gran trabajo. Estoy muy agradecida”, dice Maryam.

Maryam no siempre fue de las mejores de su clase. Pasó una época en la que le resultaba difícil concentrarse, en la que sacaba malas notas. Sus padres no dejaron de apoyarla y un profesor que seguía su situación le sugirió que se centrara en sus puntos fuertes.

“Mi padre siempre decía, “estudia para poder tener el control de tu propio destino y depender solo de ti misma. No acabes siendo obrera, como yo”.

## La perseverancia tiene su recompensa

Durante su adolescencia, este apoyo empezó a dar resultados. Cada vez sacaba mejores notas y sus profesores comenzaron a darse cuenta. Recuerda, a pesar de que ya no quedaran plazas, cómo el subdirector logró que cursara la asignatura de ciencias sociales en la que estaba interesada.

“Ése fue otro de los momentos en el que aumentó mi motivación para seguir estudiando”, dice.

También estableció vínculos muy fuertes con sus compañeras iraníes. “No me llevaba bien con todo el mundo, pero sí tenía un grupo de cinco amigas con las que me entendía muy bien”, dice Maryam. “Siempre estudiábamos juntas. Lo hacíamos todo juntas”.

Estas compañeras de clase se convirtieron en un importante apoyo y fuente de cariño, para superar la muerte de su padre hace dos años. “Ya no las veo solo como mis mejores amigas, ahora son como hermanas para mí”, dijo. “Para nosotras no importa de dónde venimos, lo que cuenta es cómo nos tratamos las unas a las otras”.

Actualmente Maryam y sus compañeras están ocupados estudiando para los exámenes de acceso a la universidad del año que viene. Aunque los refugiados que quieren realizar estudios superiores tienen que pagar las tasas correspondientes a alumnos extranjeros, Maryam se ha fijado el objetivo de encontrar la manera de poder cursar Derecho.

“Desde quinto no he dejado de decirle a todo el mundo: derechos humanos, derechos humanos”, comenta, “mi objetivo es llegar a ser abogada para poder ayudar a las personas haciendo que conozcan cuáles son sus derechos. Quiero que me admitan en una buena universidad para luego poder trabajar y así ayudar a mi madre”.

En confianza, dice: “Creo que me espera un buen porvenir”.

\*El nombre ha sido modificado por motivos de protección.

CASO REAL

# NUNCA ES DEMASIADO TARDE PARA APRENDER



Hosna Idris, refugiada sudanesa de 37 años, en clase de inglés con su hija Khadija, de 15, en Goz Beida (Chad). © ACNUR/OUALID KHELIFI

La vida de Hosna Idris Abdallah, de 37 años, ha estado siempre marcada por la violencia, el hambre y la pobreza, pero nunca se ha rendido, luchando por ella y por sus hijos. Además, estas situaciones no le han hecho perder las ganas de seguir aprendiendo.

En la región de Darfur, en Sudán, la familia de Hosna la formaban granjeros y pastores. Como cualquier otra mujer joven de la zona, se casó y tuvo hijos. Fue entonces cuando estalló la guerra y un grupo de hombres armados arrasó su pueblo. Mataron a cinco hombres de su familia, entre ellos a su marido.

Ese mismo día, Hosna reunió todas sus pertenencias y se marchó con sus hijos. Después de llegar a Chad, en 2003, se volvió a casar y tuvo dos niños más. Unos años más tarde se divorció y se quedó sola para sustentar a sus hijos.

## Llevar a los niños al colegio - y unirse a ellos

Ahora Hosna y su familia viven en un campo de refugiados cerca de la ciudad de Goz Beida, en Chad. Al principio se encontraron con grandes dificultades para conseguir comida, ropa y refugio, pero cuando se les empezó a proporcionar ayuda, sus vidas se estabilizaron: Hosna comenzó a ver esperanza en el futuro. “Me di cuenta de que era importante que mis hijos estudiaran”, dice. “No tienen padre, lo único en lo que pueden confiar para tener un buen porvenir es en la educación”.

Esta idea se fijó tanto en su mente que quiso tomar parte activa. “En Darfur a nadie se le pasó por la cabeza llevarme al colegio. Decidí venir aquí porque nunca me habían dado la oportunidad de hacerlo”.

Adaptarse a ir a clase mientras mantiene a sus hijos ha sido algo muy duro. Hosna despierta a sus niños temprano para ir con ellos a buscar leña, que luego venden para poder comprar comida.

“Los tengo que llevar al colegio después de trabajar”, comenta Hosna, “solo me quedan unas horas para garantizar que gano suficiente dinero para alimentarlos a todos”. También realiza trabajos esporádicos en el mercado pero dice que, al ser madre soltera, normalmente le pagan menos de lo que deberían, aprovechando su situación de necesidad.

## Ignorar las críticas y perseverar

La vida en las aulas también ha sido complicada para ella. Hosna es con mucha diferencia la mayor; de hecho, empezó en preescolar junto a los niños más pequeños. “La primera vez que fui a la escuela incluso mis hijos se reían de mí”. Tuvo que realizar varios intentos para aprobar su primer examen y le tomó un tiempo considerable



Hosna Idris, refugiada sudanesa, estudia con sus hijos, Awad y Salah.

© ACNUR/OUALID KHELIFI

terminar primaria. Pese a esto, hoy cursa secundaria en el colegio al que va también su hija Khadija, de 15 años. Están en la misma clase y se ayudan la una a la otra con los deberes.

“La gente ve raro que vaya al colegio con mis hijos. Algunos dicen, ‘tu vida ya es lo suficientemente difícil sin hacer esto, más vale que lo dejes y te quedes en casa cuidando a tus niños’. Pero nunca me rendiré”.

CASO REAL

# ENTENDIMIENTO MUTUO

Hace dos años, Lydiella Hakizimana no sabía más que unas palabras en inglés; ahora es su asignatura favorita. Cuando suena la campana que señala el comienzo de las clases en la escuela Paysannat L, justo fuera del campo de refugiados, ella ya está en su pupitre, lista para empezar.



Lydiella Hakizimana, refugiada burundesa de 13 años, asiste a clase en el campo de refugiados de Mahama (Ruanda). ©ACNUR/ANTHONY KARUMBA

En 2105, durante los disturbios que se produjeron en Burundi a raíz de las elecciones celebradas, Lydiella, su madre y tres de sus hermanas se unieron a la oleada de refugiados que huyeron hacia la vecina Ruanda. Hoy se cuentan más de 50.000 refugiados en Mahama, un campamento cercano a la frontera burundesa.

Entusiasmada con la idea de recuperar algo de estabilidad en su vida, Lydiella, de 13 años, esperaba poder continuar con sus estudios, pero había un problema: en Ruanda las clases se dan en inglés, no en francés, como en Burundi.

ACNUR y el gobierno ruandés idearon una solución. Juntos, establecieron un sistema para que los niños refugiados pudieran incorporarse al currículum educativo ruandés. Se trata de un curso puente de seis meses de duración, conocido localmente como “proyecto de orientación”, que incluye clases de inglés. Ésta es una de las muchas iniciativas a las que ACNUR da apoyo a lo largo de todo el mundo, para potenciar la educación de los refugiados y ayudar a que se integren al entorno formal del sistema de aprendizaje del país donde se encuentran.

Los refugiados que llegan sin haber recibido prácticamente educación en su país de origen, realizan el curso completo. Otros se inscriben en escuelas locales en el nivel adecuado, cuando ya están suficientemente preparados. Con la Convención de las Naciones Unidas para los Refugiados y Migrantes, Ruanda se comprometió a ayudar a los refugiados de Burundi, incluyéndolos en el sistema educativo nacional. Actualmente está realizando los esfuerzos necesarios para cumplir con su promesa.

## Nuevos horizontes y nuevos amigos

El curso puente supuso para Lydiella no solo la oportunidad de aprender un nuevo idioma sino que, además, le permitió estudiar otras asignaturas nuevas para ella. “Era la primera vez que oía hablar sobre el estudio de ciencias sociales”, dice. “El proyecto de orientación es una manera de familiarizarse con lo que los demás estudian aquí, especialmente si acabas de llegar al país”.

“Nos dimos cuenta de que necesitábamos integrar a los estudiantes refugiados en el sistema de educación nacional cuando vimos las serias barreras a las que tenían que enfrentarse a la hora de sobrellevar su situación y de adaptarse”, dice Charles Munyaneza, integrante de la oficina de educación de ACNUR en Kigali.

El proyecto de cursos puente empezó en Mahama, contando con 2.500 estudiantes en junio de 2015. Desde entonces, más de 19.000 niños lo han realizado. “Es un paso vital para poder incorporar a los refugiados al sistema de educación nacional”, comenta Munyaneza.

Paysannat L es una de las distintas escuelas que comparten el nombre de Paysannat en la zona, con una población de casi 20.000 personas, pero es la única en la que refugiados y estudiantes locales aprenden juntos, en la misma clase. Jean-Claude Muhyemama, el subdirector, dice que el hecho de disponer de un idioma común para comunicarse ha tenido un papel vital a la hora de integrar a las dos comunidades y de construir buenas relaciones. “Este proyecto ha ayudado realmente a los estudiantes burundeses a tener el mismo nivel de formación que los ruandeses”, dice. “Al principio no sabían nada de inglés, o muy poco, pero ahora pueden expresarse correctamente”.

Lydiella, que ya se ha adaptado al currículum ruandés y está ya en el último curso de primaria, disfruta enormemente de sus estudios. Espera poder transmitir algún día a sus compañeros burundeses su pasión por el inglés. “Si algún día vuelvo a Burundi, enseñaré inglés a los otros porque es importante”, comenta. “Se habla en todo el mundo, por lo que pienso que si la gente lo aprende, les ayudara en sus vidas”.

Jean Harindwa, el profesor de inglés de Lydiella, ha trabajado en la escuela desde que abrió sus puertas en 2015. Siendo él mismo burundés, dice que enseñar inglés le ha ayudado a dominar el idioma. “Fue una gran idea lanzar este proyecto”, comenta. “La mayoría de estos estudiantes huyeron de sus países y nunca hubieran creído que podrían volver a estudiar”.

**SOBRE EL TERRENO**

# NUEVOS HORIZONTES

Me echo de menos a mí mismo, a mis amigos, a cuando leía novelas o escribía poemas, a los pájaros y al té de por las mañanas.

A mi habitación, mis libros, a mí mismo, y a todo lo que me hacía sonreír,

Oh, oh, tenía tantos sueños que estaban a punto de cumplirse...



Este poema corto me lo mandó hace un par de años un joven excepcional llamado Hani

al-Moliya. Nos conocimos cuando él era un adolescente que vivía en un asentamiento de refugiados sirios en el valle Bekaa en Líbano. Fue allí cuando le pregunté qué se había llevado cuando abandonó su hogar.

Hani me miró, sonrió y me dijo: “Cogí mi diploma del colegio; lo hice porque mi vida dependía de ello, sin educación no soy nada”.

Hani había demostrado ya su determinación para conseguir tener una educación. Para llegar a su escuela de Homs, donde vivía en Siria, tenía que esquivar a soldados y francotiradores. Algunas

veces su clase se sacudía por el sonido del impacto de las bombas. El deseo tan intenso de querer ir al colegio aterrorizaba a su madre, quien le imploraba cada día que no fuera. Él continuó asistiendo, diciendo que su voluntad de terminar sus estudios superaba al miedo que pudiera sentir.

Finalmente, sin embargo, la familia de Hani tuvo que huir. Sus tíos y su primo fueron asesinados en casa cuando se negaron a abandonarla.

En Líbano, Hani y su familia encontraron un descanso de la guerra, pero tuvieron que enfrentarse a otras dificultades y a la monotonía al verse sin trabajo, con las esperanzas cada vez más menguadas. Hani no encajaría en la descripción de alguien que se desanima fácilmente, por la madurez y confianza en sí mismo que irradia. A pesar de una enfermedad





Hani al-Moliya, refugiado sirio de 19 años, en el exterior de su refugio en el Valle de Bekaa (Líbano). © ACNUR/ANDREW MCCONNELL

incurable de la vista que lo dejó prácticamente ciego, nunca se ha rendido. Su respuesta a esta adversidad fue empezar a hacer fotografías, muchas fotografías. En Líbano registraba cada día la vida de sus compañeros refugiados. La lente de la cámara se convirtió en sus ojos, y es así como ve el mundo ahora. Hay que mencionar que el talento que desarrolló Hani para la fotografía es impresionante.


Pronto la fortuna sonrió a la familia y se les concedió asilo en Regina, Canadá, donde se asentaron. Hoy Hani se está especializando en ingeniería informática en la Universidad de Ryerson, en Toronto. Dice que fue difícil retomar sus estudios después del parón de cuatro años, pero que estaba emocionado por volver a la “comunidad escolar” y hacer nuevos amigos. Hoy sigue escribiendo poesía.

Cuando la gente pregunta por qué el problema mundial de los refugiados es de todos, suelo pensar en Hani, un chico con una determinación tan grande para aprender, que arriesgaba su vida para ir al colegio, que consiguió su título de secundaria a pesar de tener que dejar prácticamente todo lo que tenía en Homs. Como dijo en el poema anterior, junto con sus libros, sus amigos y su hogar, Hani tenía numerosos sueños. Para llevarlos a cabo no quiere caridad ni regalos, solo la oportunidad de poder llevar una vida normal y tener las opciones educativas que le permitan ser una persona independiente, hecha a sí misma.

Melissa Fleming es la Portavoz de ACNUR, la Agencia de la ONU para los Refugiados.

CAPÍTULO 3

# PROFESORES SOBRESALIENTES



“Si enseñas a una madre, ella enseñará a su hija a no sufrir como lo ha hecho ella”.

Mohamed, refugiado somalí, vive en el campo de Melkamida (Etiopía), donde enseña a mujeres refugiadas a leer y escribir en somalí e inglés. © ACNUR/DIANA DIAZ

Los niños de todo el mundo necesitan grandes maestros, pero los refugiados aun más si cabe. Detrás de cada estudiante citado en este informe se encuentran profesores (tutores, mentores, motivadores, etc.) que realizan su trabajo en circunstancias excepcionalmente difíciles, con instalaciones deficientes y materiales poco apropiados, en aulas saturadas de alumnos.

Sin la dedicación y perseverancia de estos profesores no habría escuelas donde ir. La inversión en un maestro para refugiados tiene un impacto en cientos e incluso miles de niños.

## Los profesores tienen que disponer del apoyo y motivación adecuados.

Los maestros involucrados en la educación de refugiados necesitan recibir un salario apropiado de manera regular. Pero además, deben aplicarse otras medidas para ayudarles a sentirse como lo que son, profesionales respetados: participación en la toma de decisiones, mejoras en las condiciones de trabajo, soporte en el desarrollo profesional y certificación. También se debe contribuir a la motivación de estos profesores en uno de los trabajos más desafiantes del mundo. Sin todo esto, la escasez de profesores que dificulta la educación de los refugiados y de sus comunidades de acogida seguirá siendo crónica.

El caso estudiado de la Escuela de Primaria Yangani, en el campamento de Bidi Bidi al norte de Uganda, muestra una relación alumnos-profesor de 130:1; una situación que se consideraría inaceptable o directamente inviable en la mayoría de los países. Esta proporción inevitablemente lleva a que docenas de alumnos tengan que compartir pupitres, libros y otros materiales. Invertir en nuevas escuelas y ampliar las existentes es de primera necesidad, así como proveer los materiales y el equipamiento educativo necesarios.

## En las clases más duras del mundo, los profesores deben estar cualificados.

Como cualquier otro niño, los refugiados necesitan maestros con la formación adecuada, que conozcan la metodología de enseñanza y las particularidades de sus alumnos. Estos profesores, si se espera que se desarrollen y progresen en su profesión, requieren tener acceso a formación continua para adquirir nuevas habilidades y encontrar soluciones a los problemas a los que se enfrentan en las aulas.

Algunas organizaciones han demostrado tener grandes aptitudes e imaginación cuando se trata de proporcionar los citados cursos y apoyo. Como hemos visto en el caso del campamento de refugiados de Kakuma en Kenia, un programa de formación y orientación está brindando a los profesores el soporte y sentimiento de compromiso necesarios mediante formadores internacionales y locales, que les permiten superar los retos con los que se encuentran. Cuanto más se generalice el uso de estos recursos, más niños refugiados podrán ser formados por profesores cualificados.

## La innovación digital puede mejorar el aprendizaje en el aula, pero no remplazarlo.

ACNUR se esfuerza en ofrecer a los alumnos programas de aprendizaje interrelacionado (connected learning) con cursos acreditados, conseguidos a través de la asociación con instituciones académicas. Estos utilizan una combinación de actividades en aula junto con la interacción online con formadores, tutores y compañeros. El aprendizaje interrelacionado involucra a los alumnos de forma que les permite conectar diferentes dimensiones de su entorno de aprendizaje: intereses personales, relaciones con compañeros y oportunidades. El aprendizaje interrelacionado ha tenido éxito particularmente en áreas remotas donde hay pocos recursos y su valor es inestimable en zonas donde es imposible físicamente que los refugiados puedan ir a la universidad.

En estos programas los profesores también tienen un papel central. Los cursos masivos en línea se perciben a veces como un sustitutivo aceptable a la formación presencial para los refugiados; a pesar de esto, el nivel de abandono es extremadamente alto. A diferencia de otros programas de formación, carecen del apoyo de clases presenciales. Los estudiantes piensan que el contenido es de poca relevancia o se desaniman por la naturaleza impersonal del hecho de sentarse frente un ordenador viendo una clase grabada. Solo el uno por ciento de los jóvenes refugiados cursa estudios superiores y este valor no mejorará si se les pide que estudien exclusivamente mediante cursos en línea.

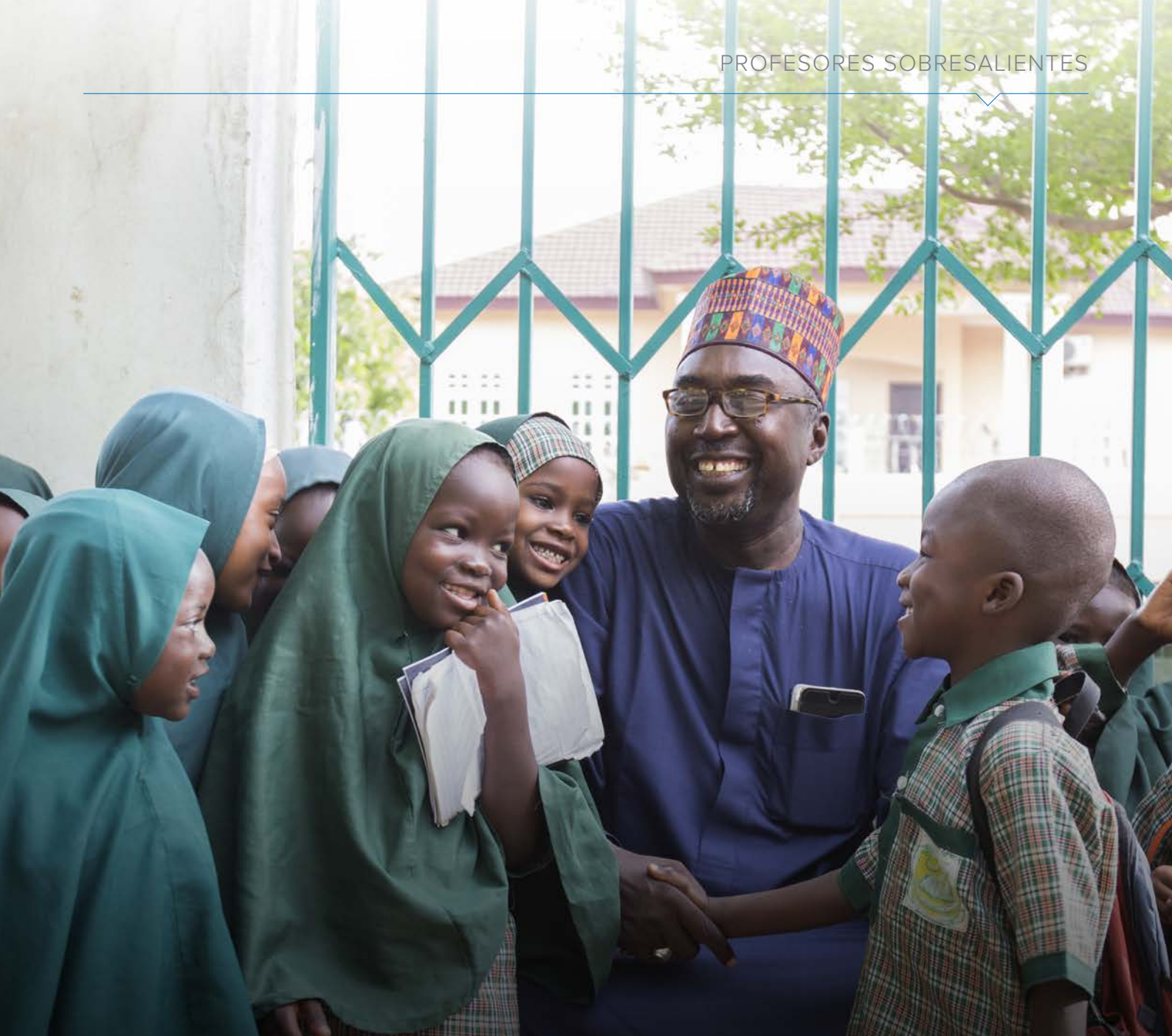
## Estudiantes y profesores necesitan acceso a materiales de calidad.

Los niños aprenden mejor cuando disponen de herramientas variadas y de experiencias que sean apropiadas para su edad, además de ser cultural, lingüística y socialmente relevantes. Sin embargo, sucede con demasiada frecuencia que los niños no disponen de materiales adecuados en clase. Para apreciar las dimensiones del problema cabe señalar que, por ejemplo, en Etiopía, 15 refugiados tienen que compartir un mismo libro.

### ¿Qué dicen los profesores?

No es sorprendente que la respuesta de los profesores dependa de las circunstancias a las que se enfrentan y del nivel de apoyo que reciban. Algunos indican que están “cansados” de utilizar “atajos” para poder dar las lecciones; otros indican que los estudiantes pueden identificar los profesores que reciben apoyo y motivación y eso aumenta su “determinación para estudiar”. En Yemen, donde niños y adolescentes van al colegio en medio de la guerra, los profesores hablan sobre la necesidad de tener que tratar a niños con grandes traumas, que han sido testigos de la violencia extrema y que han podido perder a familiares en el conflicto e incluso haberse quedado huérfanos. A pesar de esta situación, los maestros siguen yendo a dar clase, desafiando el peligro omnipresente, llevando a cabo su profesión en edificios dañados por las bombas, con nóminas retrasadas o sin ser pagados.

Dejar a los profesores sin una red de apoyo ni oportunidades para desarrollarse sería algo impensable en cualquier país con un sistema educativo bien estructurado; no hay justificación para hacer lo contrario con aquellos en los que reposa el futuro de los niños refugiados.



“Esos niños serán empoderados en un modo que los hará autosuficientes. Esta escuela es un lugar donde cada niño importa, sin tener en cuenta cuál es su religión, su cultura o su pasado.

Nuestro propósito es lograr cambios positivos en sus vidas. Cada persona aquí necesita un plan de vida, una nueva oportunidad”.

Zanna Bukar Mustapha, fundador de la Fundación Islámica Proezas de Futuro. La fundación ayuda a niños cuyas vidas han sido devastadas por la insurgencia de Boko Haram en Nigeria. Incluye a hijos y huérfanos de combatientes de Boko Haram, con la intención de promover una coexistencia pacífica.

CASE STUDY

# PERSONAS ADMIRABLES



Yel Luka, refugiado sursudanés de 32 años y profesor en la escuela de educación primaria de Mogadiscio, en el campo de refugiados de Kakuma (Kenia).

© ACNUR/TONY KARUMBA

Con más de 3.400 estudiantes, la escuela primaria Unity supone un reto para cualquier director. Sin embargo, cuando Yel Luka llegó para tal fin a dicha escuela hace unas semanas, demostró estar a la altura de lo que de él se esperaba.

“Las cosas han cambiado bastante desde que el señor Luka está con nosotros,” dice Dario, un profesor de matemáticas. “Los alumnos llegan a la escuela con puntualidad y están más atentos tanto en la reunión de profesores y alumnos al principio de la jornada escolar, como en clase.”

Unity es una de las escuelas de mayor tamaño en el campamento de refugiados de Kakuma, en el norte de Kenia, y las dimensiones del reto al que se enfrentan sus profesores son difíciles de imaginar. Lo normal es tener que impartir clase en aulas de entre 90 y 100 alumnos; tampoco es infrecuente que las aulas acojan hasta 200 alumnos. En circunstancias así, motivar e inspirar a los alumnos es un desafío abrumador. Mantenerse motivado como profesor es igualmente difícil.

En Kakuma, la ayuda ha llegado desde el otro lado del océano. Más de un 70 por ciento de los profesores que allí trabajan han participado en un proyecto llamado Profesores para Profesores (Teachers for Teachers), un sistema de entrenamiento, preparación y asesoramiento diseñado por la Universidad de Columbia en Estados Unidos.

## Apoyo innovador de profesores de todo el mundo

La formación comienza con sesiones cara a cara. Grupos de entre 25 y 30 profesores, muchos de los cuales tienen poca o ninguna experiencia en la enseñanza, aprenden de instructores internacionales y locales una serie de técnicas y métodos adecuados para entornos educativos complicados, como los de las aulas en el campamento de Kakuma. Posteriormente, el programa continúa con más entrenamiento, así como con el apoyo de “mentores globales” -- voluntarios de todo el mundo con experiencia en la enseñanza --, que proporcionan dicho apoyo regularmente y en tiempo real mediante aplicaciones de telefonía móvil como WhatsApp.

Los participantes realizan dos cursos de forma simultánea, un cursillo de entrenamiento más corto y un curso ampliado de profundización. Ambos incluyen módulos de aprendizaje sobre el papel del profesor, protección e inclusión infantil, pedagogía, y currículo educativo y planificación. Aquellos que completan los dos cursos tienen la opción de convertirse en mentores.

Para Luka, esta opción es la parte más interesante de todo el sistema de formación. En calidad de

mentor, se ha convertido en una fuente de apoyo fiable para 50 de sus compañeros de profesión en el campamento de refugiados. “La formación me ha ayudado sin duda alguna a convertirme en un mejor líder,” declara Luka.

Enfrente de Unity está la escuela primaria Mogadishu, otra escuela que se ha beneficiado enormemente del programa Profesores para Profesores. Al igual que Luka, Salome Perpetua, una profesora de ciencias de 32 años, también es mentora y asesora a 40 profesores en cinco escuelas. “Esta formación me ha cambiado la vida,” dice Salome. “Me ha permitido compartir mis habilidades con mis compañeros de profesión, dado que no todos podían recibir formación.”

Salome disfruta especialmente las sesiones de asesoramiento por mensajería instantánea. “Puedo consultar los problemas con los mentores y encontrar una solución rápidamente.”

## La mejora de la motivación del profesorado beneficia a los estudiantes

Mary Mendenhall es profesora adjunta de prácticas en Teachers College, la escuela de posgrado de la Universidad de Columbia que diseñó el programa Profesores para Profesores. ACNUR la apoyó a ella y a su equipo para implementar la fase piloto del proyecto en Kakuma en 2015. Desde entonces, 130 profesores han participado en el programa.

“Estos profesores están al pie del cañón cada día y pueden analizar los problemas que tienen, así como ayudarse mutuamente a superar algunos de los retos a los que se enfrentan,” declara Mendenhall.

Gracias a Profesores para Profesores, Luka ha decidido matricularse en la universidad para obtener un título en Educación. Afirmo que “el entrenamiento ha cambiado la forma en la que las cosas funcionan aquí”.

“Nuestros alumnos están más decididos a concluir sus estudios con éxito, porque ven que sus profesores están motivados para ayudarles a lograr sus objetivos.”

CASO REAL

# MILAGRO MÉDICO

Mojtaba Tavakoli, de 22 años y anteriormente refugiado afgano, realiza su doctorado en la Universidad de Medicina en Viena (Austria).

© ACNUR/GORDON WELTERS

Hace diez años, Mojtaba Tavakoli era un refugiado afgano de 13 años que había sobrevivido a duras penas al viaje por tierra a Turquía, y después por mar. Finalmente llegó a Austria, solo, sin un céntimo y asustado. Su hermano no sobrevivió al viaje.





Este año, Mojtaba se ha graduado en Biología Molecular por la Universidad Médica de Viena, y va a comenzar una tesis doctoral sobre trastornos neurodegenerativos. “Tenemos que soñar a lo grande,” le dijo a otros estudiantes afganos en una ceremonia de graduación en Viena. De hecho, puede decirse que Mojtaba ha vivido de una forma acorde con esa máxima de vida.

## Tragedia en el viaje a una nueva vida

Cuando era niño, Mojtaba pasaba buena parte de su tiempo ayudando a sus padres en la granja que poseían en la provincia rural de Ghazni, en el este de Afganistán. Mojtaba recibió una educación básica, pero, tal y como él mismo declara, “no hubo contacto con la ciencia en mi infancia.”

La granja estaba situada en una región controlada por los talibanes y la familia de Mojtaba estaba especialmente en riesgo, ya que pertenecía a la discriminada minoría étnica Hazara. “Tarde o temprano iban a atacarnos. Europa era nuestra única esperanza de vivir seguros.”

Su familia los envió en primer lugar a él y a su hermano Morteza, de 18 años, a fin de que pudieran encontrar un sitio en el que comenzar una nueva vida en Europa. Durante el viaje por mar entre Turquía y Grecia, Morteza se ahogó. Mojtaba tuvo que continuar el viaje solo.

Tras llegar a Austria, fue acogido y adoptado por una pareja austríaca. Marion Weigl, una profesional de la salud, y Bernhard Wimmer, un científico medioambiental, acogieron al adolescente afgano en su hogar y, una vez que estuvo matriculado en la escuela, lo iniciaron en las maravillas de la ciencia.

## La familia se reúne

Después de que se le concediera asilo en Austria, Mojtaba pudo traer al país a su familia afgana. Tanto sus padres biológicos como los adoptivos asistieron a la ceremonia de entrega de premios. Su padre biológico, Joma Ali, afirmó orgulloso: “Es una velada estupenda”.

El resto de su familia también estaba allí: tres hermanas y un hermano. Los más jóvenes todavía están en la escuela, pero la hermana mayor, Sohela, de 21 años, asistió al evento para recibir un premio escolar, antes de ir a la universidad a estudiar Física.

De constitución frágil y con gafas, Mojtaba no se cortó en su discurso en lo tocante a las dificultades que los refugiados encuentran para integrarse en la sociedad austríaca. Hizo un llamamiento a los afganos para que se interesen por la política y se involucren en la construcción del futuro de su nueva patria. No satisfecho con la extraordinaria transformación de su propia vida, ayudó a fundar la Asociación de alumnos y estudiantes universitarios afganos en Austria, a cuyos miembros instó a seguir adelante con sus logros.

“Tengo un sueño,” les dijo, hablando en un alemán fluido, “que algún día un ministro del gobierno austríaco sea de ascendencia afgana, y que alguien de nuestra comunidad gane un premio Nobel.”

CASO REAL

# CLUB DE DEBERES

A los niños no suele gustarles hacer deberes. En el caso de los refugiados sirios que viven en Líbano, hay razones adicionales para no hacerlos.

Por una parte, hay un problema lingüístico: en Líbano, por ejemplo, la enseñanza según los planes de estudio oficiales es en francés y en inglés, mientras que los alumnos en Siria aprenden en árabe.

Por otra parte, muchas familias de refugiados sirios viven en condiciones de hacinamiento y pobreza. En Líbano, hay más de un millón de refugiados sirios en más de 2.100 comunidades urbanas y rurales, y muchos de ellos residen en infraviviendas. Para un joven que intenta concentrarse en sus deberes, la paz y la tranquilidad son lujos inasequibles si se vive en estas condiciones.

Sin embargo, para aquellos que tienen la suerte de encontrarse con voluntarios como Noor Ismail, no resulta una experiencia tan difícil.

## ACNUR y sus asociados apoyan la respuesta comunitaria

Los grupos de apoyo para la realización de deberes escolares fueron creados por ACNUR y muchas de sus organizaciones asociadas, como una solución comunitaria para ayudar a los alumnos refugiados a mantenerse al día en sus estudios y a asistir con regularidad a la escuela. Actualmente hay 325 grupos de apoyo para la realización de deberes escolares en Líbano, ubicados en tiendas de campaña, refugios, centros comunitarios, salas de estar e incluso al aire libre.

Junto a la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados, Save the Children, Cáritas, Terre des Hommes y el Comité Internacional de Rescate están involucrados en la gestión de actividades en lugares a los que los niños pueden acceder. Los voluntarios, la mayoría de los cuales tiene experiencia en el sector de la educación, proceden principalmente de la comunidad refugiada, pero hay personas de la región, como Noor, que también han decidido participar.

Noor, una estudiante de Ciencias Políticas en una universidad libanesa, de 22 años de edad, se enteró de que había sesiones de apoyo a refugiados para la realización de deberes gracias a un amigo que ya era voluntario en las mismas. Comenzó a prestar su ayuda en un grupo de apoyo gestionado por Cáritas en la ciudad de Saida, localizada en el sur de Líbano, en octubre de 2016. Noor cuenta que “desde aquel entonces, soy voluntaria”.

Dos veces a la semana, trabaja con grupos de niños de entre 10 y 15 años, no solo para ayudarlos a hacer los deberes, sino también para hablar con ellos acerca de cualquier problema que tengan en clase.

A Noor le encanta su labor como voluntaria y siente un gran interés por sus nuevas responsabilidades, ya que es consciente de la presión a la que están sometidos los niños refugiados para que ayuden económicamente a sus familias, en particular las niñas. “Las considero mis hermanas y quiero que tengan una vida próspera”.



© ACNUR/DIEGO IBARRA SÁNCHEZ

## Las sesiones extra de apoyo permiten a los alumnos progresar en su educación

Más de 2.500 niños formaban parte de programas de apoyo para la realización de deberes en Líbano en el año académico 2016-2017. Aproximadamente tres cuartas partes de los grupos de apoyo se mantuvieron activos en verano tras el fin del curso; los voluntarios y alumnos repasaron los contenidos que se habían dado en clase, a fin de asegurarse de que los alumnos estuvieran preparados para pasar al siguiente curso.

Una de las alumnas de Noor es Maria, de 10 años, a la que le resultó difícil la transición del sistema educativo sirio al libanés, debido a la barrera del idioma. “En Siria la enseñanza es en árabe, pero en Líbano las clases se dan en inglés. Cuando vine aquí no sabía una palabra de inglés, pero Noor me enseñó todo lo que necesitaba. Me encantan estas sesiones de apoyo”.

No obstante, para Noor las sesiones de apoyo son mucho más que una mera labor educativa. “Les doy apoyo moral. Hablo con ellos sobre su futuro y la importancia de la educación,” dice Noor. “La educación es su única arma”.

SOBRE EL TERRENO

# HASTA EL LÍMITE



Catherine Wachiaya, una redactora de ACNUR, visita una escuela en el norte de Uganda en la que 38 profesores entregados asumen la titánica misión de supervisar la educación de 5.000 estudiantes deseosos de aprender.

Al despuntar el alba, Patrick Abale sale de su tienda de campaña, situada entre otras y próxima a la Escuela Primaria Yangani, en el asentamiento de refugiados de Bidi Bidi, al norte de Uganda. Camina vigoroso por el gran recinto escolar hacia el edificio de administración, deja sus libros en la oficina que comparte con el director de la escuela y se da la vuelta para ver a los estudiantes que llegan a clase.

“Cuando empecé aquí, había más de 6.000 alumnos en esta escuela”, declara Abale, mientras el frío ambiente matutino se llena gradualmente con el sonido de pisadas en dirección a la escuela. Observo cómo el rumor se vuelve atronador: ahora los alumnos entran por todas partes en el recinto parcialmente vallado. Hoy, unos cuantos meses tras

la apertura de la escuela, todavía hay en torno a 5.000, cifra que, tal y como Patrick afirma con sequedad, es “muy elevada.”

Patrick, de nacionalidad ugandesa, es director adjunto encargado de los estudios académicos y las labores de administración en Yangani, una escuela pública ugandesa. Y aunque sus alumnos son principalmente refugiados, también hay algunos niños de la zona. A pesar de la enorme cantidad de estudiantes, la escuela dispone únicamente de una plantilla de 38 personas. En sus diez años de experiencia en la enseñanza, Patrick ha trabajado en entornos educativos complicados, pero Yangani es harina de otro costal.



Niños refugiados que escaparon del conflicto de Sudán del Sur asisten a la escuela primaria de Yangani en el distrito Yumbe, al norte de Uganda.

© ACNUR/ISAAC KASAMANI

Con una superficie de aproximadamente 8.000 metros cuadrados, la escuela es un mosaico de tiendas de plástico hecho jirones, muchas de ellas con agujeros enormes a los lados, agitándose al viento. Una ladera de inclinación poco pronunciada separa los edificios de administración y las clases del ciclo superior de primaria, de las del ciclo inferior. En el interior de las aulas, la temperatura aumenta en poco tiempo, y los niños se revuelven incómodos sobre el suelo polvoriento.

“La situación aquí es muy difícil, ya que no hay espacio suficiente para todos los estudiantes,” dice Abale, señalando el interior de una de las aulas. Observamos lo hacinada que está: los niños ocupan cualquier espacio disponible y algunos pupitres se comparten entre cinco personas. Algunos se sientan en el suelo, mientras que otros están de pie al fondo del aula o en el espacio entre los pupitres, sosteniendo sus libros contra el pecho. “A veces, debido al exceso de personas, tienen que permanecer de pie junto al profesor en la parte delantera del aula.”

La escuela Yangani abrió en febrero de este año para atender al creciente número de refugiados procedentes de Sudán del Sur. Uganda se cuenta entre los países más generosos para con estos refugiados: los ha acogido, les ha proporcionado parcelas de tierra y ha incrementado los servicios sociales, incluida la educación.

Hoy día, Uganda alberga a más de un millón de personas que han huido de Sudán del Sur – un 60 por ciento son niños – y a duras penas puede hacer frente a esta situación.

Según el Ministerio de Educación, la proporción profesor-alumno debería ser de 45 alumnos por cada docente. Debería haber un pupitre para cada tres alumnos, y un lavabo por cada 14. Yangani sobrepasa estos estándares. En calidad de administrador, Patrick intenta garantizar que el material escolar se comparta a partes iguales en todas las aulas. “Actualmente tenemos 279 libros de texto para todos los alumnos, así que te puedes imaginar lo difícil que es que alcance para todos,” afirma Patrick. Intento hacer yo misma los cálculos.

Llego a la conclusión de que hay un libro de texto por cada 18 alumnos.

ACNUR, el Ministerio de Educación ugandés y diversas organizaciones asociadas, están buscando maneras de incrementar la capacidad del sistema educativo del país abriendo más escuelas y trabajando con funcionarios del Gobierno y de cada región para comprobar si se puede expandir la capacidad de algunas de las ya existentes. De esta forma, esperan poder incluir a más refugiados en el sistema educativo y al mismo tiempo mejorar la calidad del mismo tanto para los refugiados como para las comunidades locales. Pero Uganda no puede hacer esto por sí misma. “El Gobierno ya está haciendo todo lo que puede, por ello pedimos más donaciones para cubrir la falta de presupuesto”, declara Julius Okello, un oficial de apoyo sobre el terreno de ACNUR en Bidi Bidi.

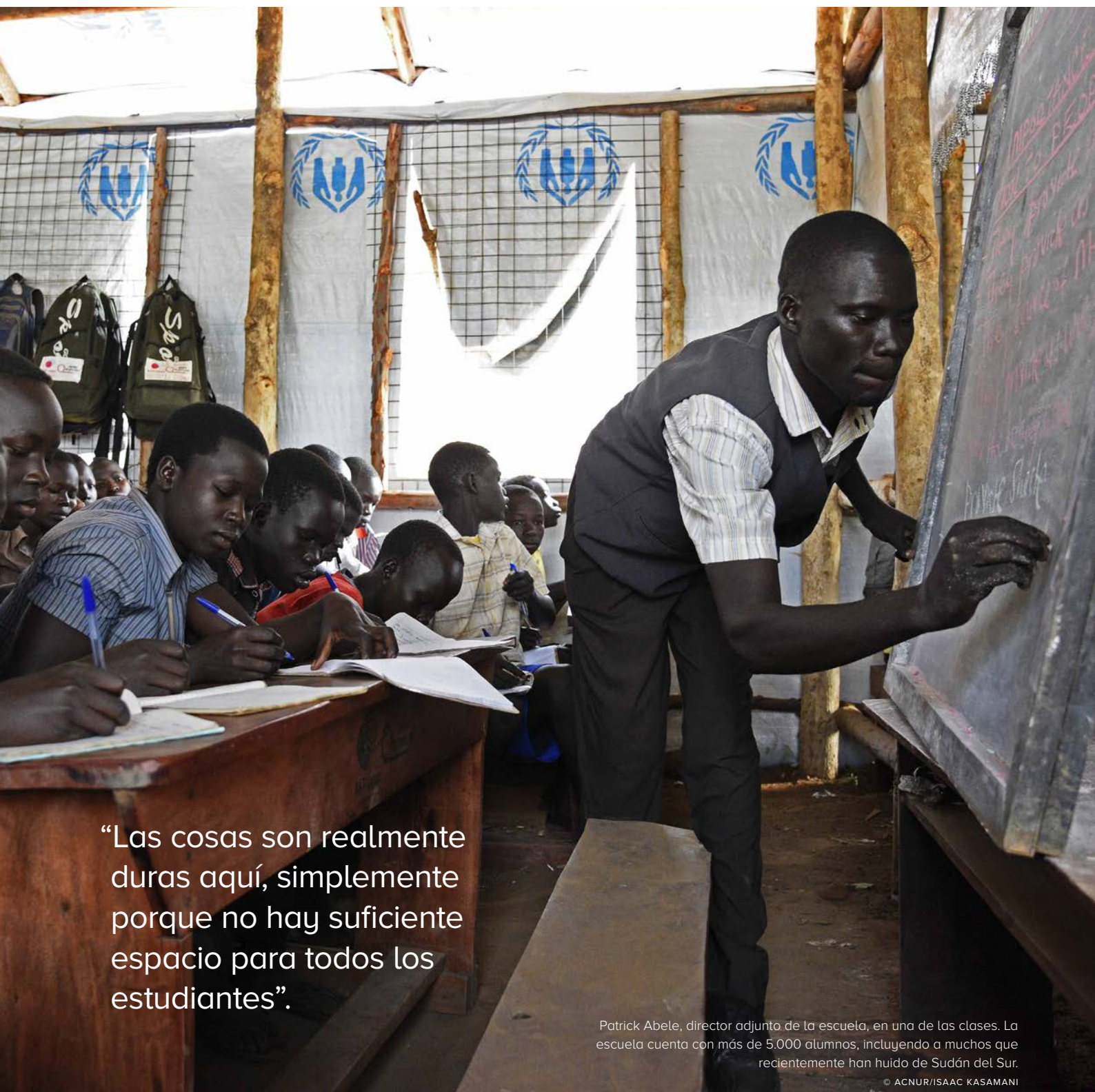
Me presentan a Bashir, un chico de 17 años que huyó de su hogar en Sudán del Sur el pasado noviembre. Ahora reside en Bidi Bidi como un menor de edad no acompañado: sus padres se quedaron en Sudán del Sur, pero ignora qué ha sido de ellos. Tuvo que esperar durante meses antes de que Yangani abriera y pudiera matricularse, dado que no había otras escuelas cerca. Bashir está en su último año de educación primaria. Me cuenta que hace todo lo posible por estudiar, pero reconoce que puede llegar a ser difícil. “No tenemos suficientes libros. Si consigues un poco de dinero, puedes comprar algunos, pero la mayoría de los estudiantes no se los pueden permitir”, afirma Bashir. “Los que no tenemos padres aquí lo pasamos especialmente mal”.

Al ver por mí misma las aulas repletas, no me cupo duda de que hay una gran demanda de plazas escolares. La mayoría de los refugiados están asentados en lugares lejos de escuelas públicas. Abrir nuevas escuelas no solo hace posible matricular a más refugiados en el sistema educativo, sino que también aumenta la capacidad y la calidad del mismo para las comunidades locales. “Las escuelas como Yangani están cubriendo un importante déficit”, declara Okello.

Pero añade que es difícil que los niños aprendan con una falta de medios tan grande. “No hay forma de dar clase por separado. Dos clases distintas se imparten en el mismo lugar, así que lo que se enseña en una se escucha en la otra”.

Patrick echa un vistazo a la ingente cantidad de alumnos antes de irse a dar otra clase. “Imagínate lo que supone tener solo 38 profesores para tantísimos alumnos”, comenta al marcharse. “Es fácil sentirse abrumado”.





“Las cosas son realmente duras aquí, simplemente porque no hay suficiente espacio para todos los estudiantes”.

Patrick Abele, director adjunto de la escuela, en una de las clases. La escuela cuenta con más de 5.000 alumnos, incluyendo a muchos que recientemente han huido de Sudán del Sur.

© ACNUR/ISAAC KASAMANI

# TENEMOS QUE ACABAR CON LA DESIGUALDAD

por Alek Wek,  
Embajadora de Buena Voluntad de ACNUR

Tenía 14 años cuando me convertí en refugiada. A medida que la guerra civil hacía estragos en mi aldea, perdía amigos y vecinos. Ya no podía ir a la escuela. Al final, ni siquiera podía salir de casa. Y cuando el peligro aumentó demasiado, mi familia y yo tuvimos que huir; abandonamos nuestro hogar, casi todas nuestras pertenencias y nuestra forma de vida.



Nunca más volvería a pasear por la aldea con mis amigos después de clase, comer mangos, ir a ver cómo estaban las vacas que tenía mi madre, o correr hacia la cima de la gran colina para mirar los aviones que la sobrevolaban. Nunca más volvería a ser la mayor preocupación en la vida de mi madre el que volviera a tiempo para cenar. Nunca más mi familia de once personas volvería a estar unida bajo un mismo techo. Esa etapa de mi existencia está marcada por profundas pérdidas que te cambian la vida.

A pesar del caos, me aferré a algo que mi padre me había dicho. “Puedes perderlo casi todo”, dijo, “pero nunca perderás tu educación.” Si, como refugiada, la educación era lo único que no podían arrebatarme, entonces me iba a dedicar en cuerpo y alma a aprender. Y eso es justamente lo que hice.

Llegó el momento en el que mi madre estaba esperando para mandarnos a mí y a una de mis hermanas a Londres. Esto me producía sentimientos encontrados. Estaba destrozada por tener que separarme de ella, pero por otra parte sentí un gran alivio al llegar a un lugar seguro. Había sufrido lo increíble, aún tenía pesadillas y sentía terror de los ruidos repentinos, incluso de los portazos.

La educación se convirtió en mi refugio. Me proporcionó estabilidad y seguridad cuando todo lo demás parecía haberse desmoronado. Siempre me había gustado ir a la escuela, pero ahora, después de perder muchos años de escolarización, la veía de otra forma: algo que no debe tomarse a la ligera y cuya disponibilidad nunca puede darse por sentado. Ahora no se trataba únicamente de aprender por gusto; era esencial que encontrara mi propio camino para progresar y que confiara en mí misma para lograrlo.

Recuerdo bien mi primer día en la escuela en Londres. Me sentía intimidada y atemorizada: mi aspecto era distinto al del resto de estudiantes, no sabía hablar inglés y me llamaron de todo. Aun así, estaba muy agradecida de estar allí y, con las palabras de mi padre dándome aliento, me esforcé al máximo en aprender.

La educación me empoderaba. Mi confianza en mí misma y mi autoestima se incrementaron y por fin pude ver una lucecita al final del que había sido un túnel muy largo y oscuro. La educación me proporcionó no solo las habilidades que necesitaba para emprender una carrera muy exigente en el mundo de la moda, sino también esperanza y optimismo. Me brindó el espacio que necesitaba para explorar formas de ser una mejor persona.

Todo niño se merece una oportunidad así para empoderarse. De hecho, es un derecho de todos los niños. Sin embargo, millones de niños y jóvenes refugiados carecen de esa oportunidad. A nivel mundial, menos de la mitad de los niños refugiados en edad escolar van a la escuela. Aquellos que desean completar la educación secundaria o superior ven cómo sus oportunidades de conseguirlo disminuyen con cada año que pasa. Cuanto mayor se hace un refugiado, más probable es que le denieguen el acceso a la educación.

Hay una clara desigualdad de oportunidades entre los niños refugiados y los no refugiados, y tenemos que hacer todo lo que esté en nuestra mano para acabar con ella. Esto supone invertir en aulas y profesores para los refugiados. Implica proporcionarles materiales educativos adecuados. También implica apoyar a las niñas, de forma que tengan las mismas oportunidades que los niños. El mundo tiene mucho que perder si permite que generaciones enteras de refugiados crezcan sumidas en el analfabetismo y la marginación.

En calidad de Embajadora de Buena Voluntad de ACNUR, la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados, he conocido a muchos refugiados jóvenes deseosos, al igual que yo, de recibir una educación. He conocido a niños que andan tres horas solo para llegar a la escuela. Sé lo que aprender significa para ellos, porque sé lo que significaba para mí.

Es el mismo deseo que tiene Nyahok, una chica sursudanesa, como yo, cuya historia encontrarás en las páginas de este informe. Siente que cualquier país con un sistema educativo adecuado le permitiría alcanzar su sueño de ser piloto de avión. Aunque sin una escuela secundaria a la que acudir, se ha topado con un obstáculo que de momento no puede superar.

Este informe contiene muchas historias similares. Hosna, una madre que conoce el poder de la educación para ayudar a sus hijos a encontrar un futuro mejor; Mojtaba, que perdió a su hermano en el viaje a Europa, pero que ahora tiene ante sí un futuro brillante; Maryam, que quiere dedicarse a luchar por los derechos humanos.

Hoy día, la voz de mi padre, que todavía resuena en mis oídos, me inspira para reivindicar el derecho a una educación en nombre de todos aquellos que han sido olvidados. Tengo la esperanza de que nos unamos como una comunidad global y prioricemos la educación, de que se incremente el presupuesto para la misma y el acceso de los refugiados a los sistemas educativos nacionales, de que veamos a todos los niños refugiados disfrutar de su derecho a la educación, y que, de este modo, hallen la dignidad, la pasión y las perspectivas de futuro que se merecen.





Alek Wek, Embajadora de Buena Voluntad de ACNUR, durante una visita en 2012 a Juba (Sudán del Sur).

© ACNUR/ BRIAN SOKOL

# EL MENSAJE DE MALALA

Malala Yousafzai visita una escuela en el campo de Hasansham, en el norte de Irán. © ACNUR/CENGIZ YAR

Más niños que nunca pasan su etapa escolar como refugiados. Algunos no tienen la posibilidad de completar su formación dado que sus vidas cambian drásticamente por culpa de los conflictos armados.

No se debería pedir a un niño obligado a huir de su hogar que renuncie también a su educación y a sus sueños de futuro. Además, tenemos que reconocer que entre los niños refugiados de hoy están los líderes del mañana, de quienes dependeremos para mantener la paz.

La clave para su futuro, para reconstruir sus países de origen y lograr una estabilidad mayor en todo el mundo, es la educación. 12 años de escolarización para cada niño refugiado brindan a países y regiones una oportunidad para alcanzar la paz, el desarrollo económico y una mejor salud

pública.

En los campos de refugiados de todo el mundo, he conocido a miles de personas desplazadas, y ACNUR está allí con ellos, proporcionando refugio, seguridad y escuelas para niños necesitados. Todos saben que la mejor forma de apoyar a los refugiados es ayudándolos a valerse por sí mismos.

Insto a los líderes mundiales a tomar en serio las consecuencias que a largo plazo acarrea el descuido de la educación de los niños refugiados. Sin ellos, no se pueden lograr la paz, la prosperidad y la estabilidad.

- Malala Yousafzai, estudiante, activista, fundadora de la Fundación Malala

# LLAMADA A LA ACCIÓN

## CIUDADANOS

- ¿Qué podéis hacer en vuestro lugar de residencia? Averiguar si hay refugiados en vuestra comunidad y buscar formas de hacer que se sientan bienvenidos
- Invertir en la educación de los refugiados aquí: [eacnur.org](http://eacnur.org)
- Mostrar que apoyáis #ConLosRefugiados firmando esta petición: [conlosrefugiados.org](http://conlosrefugiados.org)

## PAÍSES DE ACOGIDA

- Incluir de forma efectiva a los refugiados en los sistemas educativos nacionales y en planes multianuales para el sector educativo.

## PAÍSES DONANTES

- Adquirir el compromiso de aportar fondos en cantidades predecibles a lo largo de varios años desde la fase de emergencia en adelante, para que ningún refugiado se quede sin escolarizar debido a la falta de presupuesto
- Establecer una relación clara entre el presupuesto y la planificación para labores humanitarias y el presupuesto y la planificación orientados al desarrollo

John Luis, refugiado sursudanés de 13 años, en la escuela primaria de Ofonze en el asentamiento de refugiados Bidi Bidi, en el norte de Uganda.

© ACNUR/DAVID AZIA



**UNHCR**  
**ACNUR**

La Agencia de la ONU para los Refugiados

Para más información:

**ACNUR España**

Av. del General Perón, 32

2 planta izqda.

28020, Madrid

+34 915 56 35 03

